se tocan: sus destinos caminan separados: cada cual va á buscar tierras diferentes y soles diversos, pero sus madres, unidas siempre, no dejan de alimentar desde lo alto de la soledad á sus hijos desunidos.

Habia en otro tiempo sobre el San Gotardo una hospedería servida por capuchinos: no se ve de él mas que las ruinas, y no que la de la religion mas que una cruz de madera carcomida con su Cristo; Dios queda cuando los hombres se retiran.

En la plataforma del San Gotardo, desierto en el cielo, termina un mundo y principia otro: los nombres germánicos se hallan reemplazados por nombres italianos. Dejo á mi compañero, el Reuss, que me habia llevado al subirlo, del lago de Lucerna para bajar al lago de Lugano con mi nuevo guia, el Tessino.

El San Gotardo está cortado á pico por el lado de Italia: el camino que se hunde en el Val-Tremola hace honor al ingeniero obligado á dibujarle en la garganta mas estrecha. Visto ese camino desde lo alto, se asemeja á una cinta plegada y replegada: visto desde abajo, las murallas que sostienen los terraplenes hacen el efecto de las obras de una fortaleza, ó imitan esos diques que se construyen unos encima de otros contra la invasion de las aguas. Algunas veces tambien al ver la doble fila de los límites plantados regularmente en los dos lados del camino parece verse una columna de soldados bajando de los Alpes para invadir la infortunada Italia.

CHATEAUBRIAND VISITA Á TIERRY.

Sábado 18 de agosto de 1832 (Lugano).

Pasé de noche por Airolo, Bellinzona y el Val-Levantine y no ví tierra: no hice mas que oir torrentes. En el cielo se levantaban las estrellas entre las cúpulas y las agujas de las montañas. La luna no se hallaba aun sobre el horizonte; pero su claridad se esparecia por grados delante de ella, lo mismo que esas *glorias* de que los pintores del siglo XIV rodeaban la cabeza de la Vírgen: apareció al fin cortada y reducida á un cuarto de su disco sobre la cumbre dentada del Furca: sus puntas se asemejaban á unas alas: parecia una paloma blanca escapada de su nido de la roca: el astro escotado, con su luz débil y mas llena de misterio, me reveló al final del Val-Levantine el lago Mayor. Dos veces habia encontrado yo ese lago; una cuando me dirigia al congreso de Verona, otra al ir á mi embajada de Roma. Contemplábale entonces al sol en el camino de las prosperidades, y ahora lo divisaba de noche, desde la orilla opuesta, en el camino del infortunio. Entre mis viajes, separados solo por algunos años, habia de menos una monarquía de catorce siglos.

No es esto que quiera mal á esas revoluciones políticas: al volverme á la libertad me han vuelto á mi propia naturaleza. Todavía conservo bastante savia para reproducir el primero de mis ensueños, bastante fuego para reanudar mis relaciones con la criatura imagina-



ria de mis deseos. El tiempo y el mundo que he atravesado no han sido para mí mas que una doble soledad en que me he conservado tal como el cielo me habia formado. ¿Por qué me he de quejar de la rapidez de los dias, cuando yo vivia en una hora tanto como los que pasan años en vivir?

### DESCRIPCION DE LUGANO.

Lugano es un pueblecito de aspecto italiano: portales como en Bolonia; gente trabajando á puerta de calle como en Nápoles, arquitectura del Renacimiento, tejados que sobresalen de las paredes sin cornisas ventanas estrechas y largas, desnudas ó adornadas con un chapitel y acanaladas hasta en el arquitrave. El pueblo está situado contra una colina de viñedos, á la que dominan dos planos sobrepuestos de montañas, uno de pastos, otro de bosque: el lago está á sus piés.

En la cumbre mas alta de una montaña, al Este de Lugano, existe un pueblecito, cuyas mujeres, altas y blancas, tienen la nombradía de las circasianas. La víspera de mi llegada era la fiesta del pueblo, y se habian ido en peregrinacion á la Beauté: esta tribu

CHATEAUBRIAND CONTEMPLANDO EL LAGO DE LUCERNA.

será resto de alguna raza de bárbaros del Norte, conservada sin mezcla encima de las poblaciones de la llanura.

Híceme conducir á las diversas casas que me habian indicado como que podian convenirme, y hallé una encantadora, pero cuyo alquiler era muy caro.

Para ver mejor el lago me embarqué. Uno de los dos barqueros hablaba una jerga franco-italiano mezclada de inglés. Ibame nombrando las montañas y los pueblos que habia en ellas: San Salvador, desde cuya cima se descubre la cúpula de la catedral de Milan; Castagnola, con sus olivos, de los que los viajeros se ponen ramitos pequeños en el ojal: Gandria, límite del canton del Tessino sobre el lago; San Jorge, terminado por su ermita: cada uno de estos sitios tenia su historia.

El Austria, que todo lo toma y nada da, conserva al pié del monte Caprino un pueblo enclavado en el territorio del Tessino. Enfrente, al otro lado, al pié de San Salvador, posee todavía una especie de promontorio sobre el cual hay una capilla; pero ha prestado gratuitamente á los de Lugano ese promontorio para ejecutar á los criminales y erigir en él cadalsos. Algun dia argumentará con esa *alta justicia*, ejercida con permiso suyo en su territorio, presentándola como una prueba de su soberanía sobre Lugano. Hoy no se hace ya sufrir á los sentenciados el suplicio de la cuerda, sino que se les corta la cabeza. París ha suministrado el instrumento; Viena el teatro del suplicio; presentes dignos de dos grandes monarquías.

Perseguianme estas imágenes, cuando sobre la ola azul, al soplo de la brisa perfumada por el ámbar de los pinos, llegaron á pasar las barcas de una partida de gente que arrojaba ramilletes al lago al son de pí-

fanos y cornetas. Revoloteaban golondrinas alrededor de mi vela. ¿No reconoceré acaso entre aquellos viajeros á los que hallé una tarde vagando sobre la antigua via de Tibur y de la casa de Horacio? La Lydia del poeta no estaba aun con esas golondrínas del campo Tibur; pero yo sabia que en aquel mismo momento otra jóven robaba furtivamente una rosa colocada en el jardin abandonado de una quinta del siglo de Rafael, y no buscaba mas que esa flor entre las ruinas de Roma.

No reuniendo sus bases las montañas que rodean el lago de Lugano sino al nivel del lago, se asemejan á islas separadas por estrechos canales: aquellas me han recordado la gracia, la forma y el verdor de las Azores. ¿Consumiria yo el destierro de mis últimos dias bajo esos risueños pórticos, en donde la princesa de Belgiojoso dejó caer algunos dias del destierro de su juventud? ¿Acabaria mis *Memorias* á la entrada de esa tierra clásica é histórica en que Virgilio y el Tasso han cantado, en donde tantas revoluciones se han consumado? ¿Recordaria mis destinos bretones á la vista de esas montañas ausonias?

Si llegara á levantarse su velo, me descubriria las llanuras de la Lombardía; por allí á Roma; por allá á Nápoles, la Sicilia, la Grecia, la Siria, el Egipto, Cartago; playas lejanas que he medido, yo, que no poseo el espacio de tierra que pisa la planta de mis piés. Pero morir aquí, acabar aquí, ¿no es lo que quiero, lo que busco? No lo sé.

LAS MONTAÑAS.—EXCURSIONES ALREDEDOR DE LUCERNA.—CLARA WENDEL.—ORACIONES DE LOS ALDEANOS.

Lucerna 20, 21 y 22 de agosto de 1832.

Dejé á Lugano sin dormir allí: volví á pasar el San Gotardo y á ver lo que habia visto: nada he hallado que rectificar en mi bosquejo. En Altorf todo habia cambiado en veinte y cuatro horas: no habia ya tempestad, ni mas aparicion en mi cuarto solitario. Viné á pasar la noche á la posada de Fluelen, habiendo recorrido dos veces el camino, cuyos extremos terminan en dos lagos, y se hallan ocupados por dos pueblos ligados por un mismo vínculo político, separados bajo todos los demás conceptos. Crucé el lago de Lucerna, que habia perdido á mis ojos una parte de su mérito; este es al lago de Lugano lo que las ruinas de Roma á las ruinas de Atenas, y los campos de Sicilia á los jardines de Armida.

Ademas, aunque quiera esforzarme por llegar á la exaltacion alpina de los escritores de montaña, me tomo un trabajo inútil.

En lo físico, esa atmósfera vírgen y balsámica que debe reanimar mis fuerzas, enrarecer mi sangre, desahogar mi cabeza fatigada, darme un hambre insaciable, un reposo sin ensueños, no produce en mí esos efectos. No respiro mejor; mi sangre no circula mas de prisa; mi cabeza no está menos pesada bajo el cielo de los Alpes que en París. Tengo tanto apetito en los Campos-Elíseos como en Montanvers; duermo tan bien en la calle de Santo Domingo como en el monte de San Gotardo, y si tengo ensueños en la deliciosa llanura de Montrouge, es por los que produce el sueño.

En lo moral, en vano escalo las rocas: mi espíritu no se hace por eso mas elevado, ni mi alma mas pura: me llevo los cuidados de la tierra y la carga de las torpezas humanas. La calma de la region sublunar de una marmota no se comunica á mis sentidos despiertos. Miserable como soy, á través de las nieblas que vagan á mis piés diviso siempre la figura desnuda del mundo. Mil toesas subidas en el espacio nada cambian á mi vista del cielo: Dios no me parece mas grande desde la cumbre de la montaña que desde el fondo del valle. Si para hacerse uno robusto, un santo, un genio superior, no hubiese mas que cernerse sobre las nubes, ¿por qué tantos achacosos, incrédulos é imbéciles no se toman el trabajo de subir al Simplon? Preciso es, seguramente, que se hallen bien apegados á sus dolencias.

El paisaje es creado solo por el sol: la luz es la que hace el paisaje. Una arena de Cartago, un brezo de la orilla de Sorrento, una hoja de cañas secas en la campiña romana, son mas magníficas iluminadas con los fuegos del ocaso ó de la aurora que todos los Alpes de este lado de las Galias. Esos agujeros llamados valles, en que falta luz al medio dia; esas altas mamparas de aurora llamadas montañas; esos torrentes sucios que mugen con las vacas de sus orillas; esas caras de color violeta; esos cuellos con paperas; esos vientres hidrópicos, vayan enhoramala.

Si las montañas de nuestros climas pueden justificar los elogios de sus admiradores, es solo cuando están envueltas en la oscuridad, cuyo caos condensan: sus ángulos, sus resaltes, sus salientes, sus grandes líneas, sus inmensas sombras extendidas, aumentan su efecto á la claridad de la luna. Los astros las destacan y las graban en el cielo, en pirámides, en conos, en obeliscos, en arquitectura de alabastro, unas veces arrojando sobre ellas un velo de gasa, y armonizándolas con matices indeterminados ligeramente teñidos de azul, otras veces esculpiéndolas una á una y separándolas por trazos de gran correccion. Cada valle, cada reducto con sus lagos, sus rocas, sus selvas, se convierte en un templo de silencio y soledad. En invierno las montañas nos presen tan la imágen de las zonas polares; en otoño, bajo un cielo lluvioso en sus diferentes matices de tinieblas, se asemejan á litografías grises, negras, rojizas: así les sienta bien la tempestad, como los vapores semi-nieblas, semi-nubes que ruedan á sus piés ó se suspenden á sus costados.

Pero las montañas, ¿no son favorables á las meditaciones, á la independencia, á la poesía? Bellas y profundas soledades, mezcladas de mar, ¿no reciben nada del alma? ¿No añaden nada á sus placeres? ¿Una naturaleza sublime, no hace á uno mas susceptible de pasion, y la pasion no hace comprender mejor una naturaleza sublime? ¿Un amor íntimo no se aumenta con el amor vago de todas las bellezas de los sentidos y de la inteligencia, que le rodean como principios semejantes y se atraen y confunden? El sentimiento de lo infinito entrando por un espectáculo inmenso en un sentimiento limitado, ¿no lo aumenta y lo extiende hasta los límites en donde principia una eternidad de vida?

Reconozco todo eso; pero entendámonos: no son las montañas las que existen como uno cree verlas entonces, sino las montañas como las pasiones, el talento y la musa las presentan, trazando sus líneas, dando color á los cielos, á las nieves, á los picos, á los declives, á las cascadas que reflejan el arco iris, á la atmósfera suave, á las sombras tiernas y ligeras: el paisaje está en la paleta de Claudio el Lorenés, no el Campo-Vaccino. Hacedme amar y vereis que un manzano aislado, azotado del viento, arrojado en medio de los trigos del Beauce: una flor de espadaña en un pantano; un arroyuelo en un camino; una hebra de musgo ó de helecho, ó de una raiz cualquiera sobre el costado de una roca; un cielo húmedo, opaco; un ave en el jardin de la casa de un cura; una golondrina, que vuela por lo bajo en un dia de lluvia, bajo el cobertizo de una granja ó á lo largo de un claustro; hasta un murciélago que reemplace á la golondrina alrededor de un campanario en el campo, agitando sus alas de gasa en los últimos resplandores del crepúsculo; todas estas pequeñeces, unidas á algunos recuerdos, se envolverán con los misterios de mi felicidad ó con la tristeza de mis pesares. En una palabra, la juventud de la vida, las personas, son las que hacen los sitios hermosos. Los hielos de la



bahía de Baffin pueden ser risueños con una sociedad grata al corazon; las orillas del Ohio y del Ganges lamentables, si falta toda afeccion. Un poeta ha dicho: «La patria está en los sitios á que el alma está adherida», y lo mismo sucede con la belleza.

Basta ya de montañas: me agradan como grandes soledades; me agradan como marco, adorno y lontananzas de un hermoso cuadro; me agradan como baluarte y asilo de la libertad; me agradan, porque añaden algo infinito á las pasiones del alma: en justicia y razonablemente es cuanto bueno puede decirse de ellas. Si yo no he de fijarme al otro lado de los Alpes, mi excursion al San Gotardo permanecerá un hecho sin ligazon, una vista de óptica aislada en medio de los cuadros de mis *Memorias*: apagaré la luz y Lugano volverá á la oscuridad.

Apenas llegué á Lucerna, corrí al punto nuevamente á la catedral, á la Hofkirche, construida en el terreno de una capilla dedicada á San Nicolás, patron de los marineros: dicha capilla primitiva servia tambien de faro, porque durante la noche se la veia iluminada de una manera sobrenatural. Fueron misioneros irlandeses los que predicaron el Evangelio en la comarca casi desierta de Lucerna, adonde llevaron la libertad de que no ha gozado su desgraciada patria. Cuando volví á la catedral, cavaba un hombre una fosa; en la iglesia concluia un oficio fúnebre alrededor de un féretro, y una mujer hacia bendecir en un altar un gorrito de niño, el cual guardó con visible expresion de gozo en una cesta que llevaba al brazo, y se marchó cargada con su tesoro. Al dia siguiente encontré cerrada la fosa del cementerio, una vasija de agua bendita colocada sobre la tierra fresca é hinojo sembrado para los pajaritos: eran ya los únicos que estaban al lado de aquel muerto de una noche. Hice algunas excursiones alrededor de Lucerna, entre magníficos bosques de pinos. Las abejas, cuyas colmenas están situadas encima de las puertas de las casas de labor, al abrigo de techados prolongados, habitan con los aldeanos. Ví á la célebre Clara Wendel ir á misa detrás de sus compañeras de cautiverio, con su uniforme de presa. Es muy ordinaria, y he notado en ella el aire de todas esas mujeres feroces de Francia que han presenciado tantos asesinatos, sin ser por eso mas distinguidas que una fiera, á pesar de todo cuanto quiera prestarles la teoría del crímen y de la admiracion de las degollaciones. Un simple cazador, armado con una carabina, conduce aquí á los penados á los trabajos del dia y los vuelve á su prision.

He prolongado esta tarde mi paseo á lo largo del Reuss hasta una capilla construida en el camino: súbese á ella por un pequeño pórtico italiano. Desde aquel pórtico veia yo á un sacerdote que estaba orando solo de rodillas en el interior del oratorio, mientras que en lo alto de las montañas divisaba los últimos resplandores del sol poniente. Al volverá Lucerna oí en las cabañas rezar el rosario á las mujeres: la voz de los niños contestaba á la adoracion maternal. Me detuve y escuché al través de los tejidos de sarmientos aquellas palabras dirigidas á Dios desde el fondo de una cabaña. La hermosa jóven y elegante doncella que me sirve en el *Aguila de oro* reza tambien su *Ave-Maria* al cerrar las cortinas de las ventanas de mi cuarto. Al volver le regalo algunas flores que he cogido: ella me dice entonces ruborizándose y dándose suavemente con la mano en el seno:—«¿Per me?—Para vos,» la respondo; y aquí concluye nuestra conversacion.

M. A. DUMAS.—MAD. DE COLBERT.—CARTA DE MR. DE BERANGER.

Lucerna 26 de agosto de 1832.

Mad. de Chateaubriand no ha llegado aun, y voy á hacer una excursion á Constanza. Aquí está Mr. A. Dumas: habiale ya visto mientras que se hacia retratar en casa del gran escultor. Tambien pasan por Lucerna Mad. de Colbert con su hija, madama de Brancas (1). En casa de Mad. de Colbert, en Beauce, fue donde escribí hace veinte años la historia de mi juventud en Combourg. Los sitios parecen viajar conmigo tan movibles, tan fugaces como mi vida.

El correo de la mala me trae una bellísima carta de Mr. de Beranger en respuesta á la que yo le habia escrito al marchar de París: esta carta ha sido ya impresa en nota con una carta de Mr. Carrel en el congreso de Verona.

ZURICH.—CONSTANZA.—MAD. DE RECAMIER.

Ginebra setiembre de 1832.

Yendo de Ginebra á Constanza se pasa por Zurich, y Winterthur. Nada me ha agradado en Zurich, si se exceptúan el recuerdo de Lavater y de Gessner, los árboles de una esplanada que domina los lagos, la corriente del Limath, un cuervo ya viejo y un antiguo olmo: mas me gusta eso que toda la historia pasada de Zurich, inclusa su famosa batalla. Napoleon y sus capitanes, de victorias en victorias trajeron á los rusos á París.

Winterthur es una aldea nueva é industrial, ó mas bien una calle larga y decente. Constanza parece que no pertenece á nadie, pues está abierta para todo el mundo. Entré en ella el 27 de agosto sin haber visto aduanero ni soldado alguno, y sin que nadie me pidiese el pasaporte.

Mad. Recamier habia llegado hacia dos dias para hacer una visita á la reina de Holanda. Yo aguardaba á Mad. de Chateaubriand, que venia á reunirse conmigo en Lucerna, y me proponia examinar si no seria preferible establecernos primero en Suabia, dejando para luego bajar á Italia.

En la ciudad ruinosa de Constanza nuestra posada estaba sumamente alegre; hacíanse en ella los preparativos de una boda. Al dia siguiente de mi llegada quiso Mad. Recamier ponerse á cubierto de la alegría de nuestros patrones: embarcámonos en el lago, y atravesando la sábana de agua de donde sale el Rhin para convertirse en rio, llegamos á las arenas de un parque.

Echamos pié á tierra y salvamos un vallado de sauces, tras del cual hallamos un paseo arenoso que serpenteaba entre bosquecillos de arbustos, grupos de árboles y alfombras de césped. Elevábase un pabellon en medio de los jardines, y á la falda de un bosque se veia un elegante edificio. Noté en la yerba lamparillas, melancólicas siempre para mí, á causa de las reminiscencias de mis muchos y diferentes otoños. Paseámonos á la ventura y nos sentamos despues sobre un banco á orilla del agua. Del pabellon del bosque se desprendieron unas armonías de arpa y trompa, que callaron cuando encantados y sorprendidos principiamos á escucharlas: era aquello una escena de un cuento de hadas. No volviendo á hacerse oir las armonías, leí á Mad. Recamier mi descripcion del San Gotardo: ella me suplicó que escribiese algo en su libro de memorias, ya medio lleno con los pormenores de la muerte de J. J. Rousseau. Debajo de estas últimas palabras del autor de *Eloisa*: «Esposa mia, abrid la ventana para que vea todavía el sol,» tracé con lápiz estas expresiones: «Lo que queria en el lago de Lucerna lo he hallado en el lago de Constanza; el encanto y la inteligencia de la belleza. No quiero morir como Rousseau; quiero ver todavía por mucho tiempo el sol, si debo acabar mi vida á vuestro lado. ¡Ojalá espiren mis dias á vuestros piés

(1 Ambas han dejado de existir. (París, nota de 1836)

como esas olas, cuyo murmullo os es tan grato!—28 de agosto de 1832.»

El azul del lago aparecia detrás de las hojas: en el horizonte del Mediodía se amontonaban las cimas del Alpe de los Grisones; una brisa que pasaba y retrocedía á través de los sauces se halla en perfecta armonía con el flujo y reflujo de las olas: no veíamos á nadie; no sabíamos en dónde estábamos.

### LA DUQUESA DE SAINT-LEU.

Al regresar á Constanza, vimos á la duquesa de Saint-Leu y á su hijo Luis Napoleon, que venian á saludar á Mad. Recamier. En tiempo del imperio no habia yo conocido á la reina de Holanda: sabia que se habia mostrado generosa cuando mi dimision á la muerte del duque de Enghien y cuando quise salvar á mi primo Armando. En tiempo de la restauracion, y hallándome de embajador en Roma, no habia tenido con la duquesa de Saint-Leu mas relaciones que las de simple política: no pudiendo ir yo á su casa, habia dejado en libertad á los secretarios y agregados para que le hiciesen la córte, é invitado al cardenal Fesch á una comida diplomática de cardenales. Desde la última caida de la restauracion, la casualidad me habia hecho cambiar algunas cartas con la reina Hortensia y el príncipe Luis. Dichas cartas son un monumento singular de las grandezas desvanecidas. Son como sigue:

Mad. de Saint-Leu, despues de haber leido la última carta de Mr. de Chateaubriand:

«Arenenberg 15 de octubre de 1831.

»Mr. de Chateanbriand tiene sobrado genio para no haber comprendido toda la extension del emperador Napoleon. Pero su brillante imaginacion necesitaba mas que admiracion: recuerdos de juventud, una ilustre fortuna, atrajeron su corazon: consagró á ellos su persona y su talento, y como el poeta que presta á todo el sentimiento que le anima, revistió lo que amaba con los caracteres que debian inflamar su entusiasmo. La ingratitud no le desanimó, porque siempre era la desgracia la que apelaba á él: sin embargo, su talento, su razon, sus sentimientos verdaderamente franceses hacen de él á su pesar el antagonista de su partido. El no ama de los antiguos tiempos sino el honor que hace á los hombres fieles, y la religion que los hace prudentes, la gloria de su patria que constituye la fuerza de esta, la libertad de las conciencias y de las opiniones que da un noble impulso á las facultades del hombre, la aristocracia del mérito que abre una carrera á todas las inteligencias: este es su terreno mas que de otro ninguno. De consiguiente es liberal, napoleonista y hasta republicano, antes que realista. Asi es que la nueva Francia, sus nuevas celebridades, sabrán apreciarle, mientras que jamás será comprendido por los que él ha colocado en su corazon tan cerca de la divinidad, y si no tuviese ya mas que cantar la desgracia, aun cuando fuese la mas interesante, los grandes infortunios van llegado á ser tan comunes en nuestro siglo, que su brillante imaginacion, sin objeto ni móvil positivo, se apagará por falta de alimento bastante elevado para inspirar su hermoso talento.

»HORTENSIA.»

Despues de haber leido una nota firmada Hortensia:

«Mr. de Chateaubriand es lisonjeado en extremo, y se muestra altamente reconocido por los sentimientos de benevolencia expresados con tanta gracia en la primera parte de la nota: en la segunda se halla envuelta una seduccion de mujer y de reina que podria arrastrar un amor propio menos desengañado que el de Mr. de Chateaubriand.

»Hay hoy ciertamente ocasion de elegir un acto de infidelidad entre tan elevados y numerosos infortunios; pero á la edad á que ha llegado Mr. de Chateubriand, reveses que solo cuentan pocos años desdeñarian esos homenajes: preciso le es permanecer fiel á su antigua desgracia, á pesar de lo mucho que pudieran tentarle adversidades mas jóvenes.

»CHATEAUBRIAND.»

«Paris 26 de noviembre de 1831.

«Arenenberg 4 de mayo de 1832.

»Señor vizconde: Acabo de leer vuestro último folleto. ¡Qué felices son los Borbones en tener por apoyo un talento como el vuestro! Vos levantais una causa con las mismas armas que han servido para abatirla, y sabeis hallar palabras que hacen vibrar á todos los corazones franceses. Todo lo que es nacional encuentra eco en vuestra alma: asi es que cuando hablais del grande hombre que ilustró á la Francia por espacio de veinte años, la elevacion del asunto os inspira; vuestro talento lo abarca todo entero, y vuestra alma, esparciéndose naturalmente, rodea á la mayor gloria de los mas grandes pensamientos.

»Yo tambien, señor vizconde, soy entusiasta por todo lo que honra á mi país: por eso, dejándome llevar de ese impulso, me atrevo á manifestaros las simpatías que siento hácia el que muestra tanto patriotismo y tanto amor á la libertad. Pero permitidme que os diga que sois el único defensor temible de la antigua monarquía: la hariais nacional si se pudiese creer que ella piensa como vos; asi es que para hacerla valer, no basta que vos os declareis de su partido, sino probar que ella es del vuestro.

»Con todo, señor vizconde, si disentimos en opiniones, al menos estamos acordes en los deseos que formamos por la felicidad de la Francia.

»Recibid, os ruego, etc.

»LUIS NAPOLEON BONAPARTE.»

«Paris 19 de mayo de 1832.

»Señor conde: Siempre halla uno dificultad en contestar á elogios; pero cuando el que los hace con tanto talento como delicadeza se halla ademas en una condicion social, á la que van unidos recuerdos que no tienen iguales, el apuro es doble. Al menos caballero, nos encontramos en una simpatía comun: vos quereis con vuestra juventud, como yo con mis ancianos dias, el honor de la Francia. No nos faltaba á uno ni á otro para morirnos de confusion ó de risa mas que ver el *justo medio* bloqueado en Ancona por los soldados del papa. ¡Ay, caballero! ¿Dónde está vuestro tio? A cualquiera otro que vos le diria: «¿Dónde está el tutor de los reyes y el amo de Europa?» Al defender la causa de la legitimidad no me hago ilusion ninguna; pero pienso que todo hombre que tiene en algo la estimacion pública debe permanecer fiel á sus juramentos: lord Falkland, amigo de la libertad y enemigo de la córte, se hizo matar en Newbury, en el ejército de Carlos I. Vos vivís, señor conde, para ver á vuestra patria libre y feliz; vos atravesareis ruinas, entre las que yo quedaré, porque formo parte de esas mismas ruinas.

»Habíame lisonjeado por un momento con la esperanza de poner este verano el homenaje de mi respeto á los piés de la señora duquesa de Saint-Leu: la suerte, acostumbrada á frustar mis proyectos, me ha engañado tambien esta vez. Hubiera tenido gran



placer en daros gracias de viva voz por vuestra fina carta; habríamos hablado de una gran gloria y del porvenir de la Francia, dos cosas, señor conde, que os tocan bien de cerca.

»CHATEAUBRIAND.»

¿Me han escrito nunca los Borbones cartas semejantes á las que acabo de publicar? ¿Han sospechado nunca que yo me elevase sobre tal zurcidor de versos ó tal político de folletin?

Cuando de niño vagaba yo en compañía de los pastores en los brezos de Combourg, ¿hubiera podido creer que llegara un tiempo en que habia de marchar entre los dos poderes mas altos de la tierra, poderes caidos que daban la mano por un lado á la familia de San Luis y por otro á la de Napoleon; grandezas enemigas que se apoyan igualmente en el infortunio que las acerca sobre el hombre débil y fiel, sobre el hombre desdeñado de la legitimidad?

Mad. Recamier fué á establecerse en Wolfberg, palacio habitado por Mr. Parquin, en las inmediaciones de Arenenberg, morada de la duquesa de Saint-Leu: permanecí dos dias en Constanza, y ví todo cuanto habia que ver: el pósito donde están los graneros públicos, bautizado con el nombre de *Salon del Concilio*, la supuesta estátua de Huss, la plaza en donde se dice que fueron quemados Gerónimo de Praga y Juan Huss; en una palabra: todas las abominaciones ordinarias de la historia y de la sociedad.

El Rhin, al salir del lago, se anuncia desde luego como un rey: sin embargo, no pudo defender á Constanza, la cual, sino me engaño, ha sido saqueada por Attila, sitiada por los húngaros y los rusos, y tomada dos veces por los franceses.

Constanza es el Saint-Germain de los alemanes: allí se han retirado las antiguas gentes de la antigua sociedad. Cuando llamaba yo á alguna puerta buscando un cuarto para Mad. de Chateaubriand, me encontraba con alguna canonesa, doncella ya de edad, algun príncipe de raza antigua, elector á medio sueldo, lo cual correspondia perfectamente con los campanarios abandonados y los conventos desiertos de la ciudad. El ejército de Condé combatió gloriosamente bajo las murallas de Constanza y parece haber establecido su hospital militar en esta poblacion. Tuve la desgracia de encontrar á un veterano emigrado, el cual me hacia el honor de haberme conocido en otro tiempo: tenia mas años que cabellos; sus palabras eran interminables; no podia contenerse, y dejaba correr sus años.

### ARENENBERG.—REGRESO Á GINEBRA.

El 29 de agosto fuí á comer á Arenenberg.

Arenenberg se halla situado sobre una especie de promontorio en una cadena de colinas escarpadas. La reina de Holanda, á quien la espada habia encumbrado y hundido, construyó el palacio, ó si se quiere, el pabellon de Arenenberg. Gózase en él de una perspectiva extensa, pero triste. Desde allí se domina el lago inferior de Constanza, que no es mas que un desbordamiento del Rhin sobre praderas anegadas. Al otro lado del lago se ven bosques sombríos, restos de la selva Negra, con algunos pájaros blancos, que revolotean bajo un cielo ceniciento empujados por un viento helado. Allí la reina Hortensia, despues de haberse sentado en un trono, y haber sido cruelmente calumniada, fué á anidarse sobre una roca: por bajo está la isla del Lago, en donde dicen que ha sido encontrado el sepulcro de Cárlos el Gordo, y en donde mueren actualmente canarios que piden en vano el sol de sus islas. La duquesa de Saint-Leu se hallaba mejor en Roma; sin embargo, no ha descendido con relacion á su nacimiento y á su primera vida, pues, al contrario, ha subido: su descenso ha sido relativo solo á un accidente de su fortuna: no ha sido de esas caidas como la de la señora delfina, hundida desde la altura de los siglos.

La sociedad de la duquesa de Saint-Leu se componia de su hijo, Mad. Salvaje y Mad. *** No habia mas forasteros que Mad. Recamier, Mr. Vieillard y yo. La duquesa de Saint-Leu se conducia hábilmente en su difícil posicion de reina y de señorita de Beauharnais.

Despues de comer, la duquesa de Saint-Leu se sentó al piano con Mr. Cottran, jóven pintor, alto, con bigotes, sombrero de paja, blusa, cuello de camisa vuelto y raro traje. Este cazaba, pintaba, cantaba y reia agudo y bullicioso.

El príncipe Luis habita un pabellon separado, en donde ví armas y mapas topográficos y estratégicos, industrias que harian como por incidencia pensar en la sangre del conquistador sin nombrarlo: el príncipe Luis es un jóven estudioso, instruido, de honor y naturalmente grave.

La duquesa de Saint-Leu me leyó algunos fragmentos de sus *Memorias*, y me enseñó un gabinete lleno de recuerdos de Napoleon. Preguntábame yo por qué aquellas prendas me dejaban frio; por qué aquel pequeño sombrero, aquel cinturon, aquel uniforme llevado en tal batalla, me hallaban tan indiferente: mucho mas turbado estaba al referir la muerte de Napoleon en Santa Elena. La razon es que Napoleon es contemporáneo nuestro; todos le hemos visto y conocido; vive en nuestra memoria; pero el héroe está todavía muy cerca de su gloria. Dentro de mil años será otra cosa: solo los siglos han podido dar el perfume del ámbar á los sudores de Alejandro: aguardemos: de un conquistador solo debe enseñarse la espada. De vuelta á Wolfberg con Mad. Recamier, salí de noche: el cielo estaba cubierto y lluvioso; el viento soplaba en los árboles, y el castillo gemia: verdadera escena de Alemania.

Pronto llegó á Lucerna Mad. de Chateaubriand: la humedad de la poblacion le asustó, y siendo Lugano demasiado caro nos decidimos á volver á Ginebra. Tomamos nuestro camino por Sampach; el lago conserva la memoria de una batalla que aseguró la emancipacion de los suizos en una época en que las naciones de este lado de los Alpes habian perdido sus libertades. Mas allá de Sampach pasamos por delante de la abadía de San Urbano, ruinosa como todos los monumentos del cristianismo. Está situada en un punto triste, á la orilla de un campo de brezo que conduce á los bosques: si yo hubiera estado libre y solo, habria pedido á los monges algun agujero en sus murallas para acabar allí mis *Memorias* al lado de algun mochuelo: despues habria ido á terminar mis dias sin hacer nada bajo el hermoso sol de Nápoles ó Palermo; pero los hermosos paises y la primavera han venido á ser injurias, desastres y pesares.

Al llegar á Roma nos dijeron que habia una gran revolucion en la ciudad: por mas que yo miraba las calles, estaban desiertas, y reinaba el mayor silencio: la terrible revolucion se consumaba sin hablar, al apacible humo de una pipa en el interior de alguna taberna.

Mad. Recamier no tardó en reunirse con nosotros en Ginebra.

### COPPET.—SEPULCRO DE MAD. STAEL.—PASEO.

Ginebra fines de setiembre de 1832.

Principié á dedicarme seriamente á trabajar, y escribo por las mañanas y me paseo por las tardes. Ayer fuí á visitar á Coppet. El palacio estaba cerrado; pero me abrieron las puertas, y anduve errante

por las habitaciones desiertas. Mi compañera de peregrinacion reconoció todos los sitios en que creia ver todavía á su amiga, bien sentada á su piano, ó entrando ó saliendo, ó hablando sobre el terrado que costea á la galería. Mad. Recamier volvió á ver el cuarto que habia habitado, recordando dias que habian pasado : era esto como una repeticion de la escena que he descrito en *René*. «Recorrí los aposentos sonoros, en donde no se oia mas que el ruido de mis pisadas... Por todas partes los salones estaban sin colgaduras, y la araña tejia su tela en las alcobas abandonadas... ¡Qué dulces son, pero qué rápidos, los momentos que los hermanos pasan en sus primeros años reunidos bajo las alas de sus ancianos padres! La familia del hombre no es mas que de un dia. El soplo de Dios la dispersa como el humo. ¡Apenas el hijo conoce al padre, el padre al hijo, el hermano á la hermana, la hermana al hermano! ¡La encina ve germinar sus bellotas alrededor suyo; no sucede lo mismo con los hijos de los hombres!»

Recordaba yo tambien lo que he dicho en estas *Memorias* acerca de mi última visita á Combourg al marchar á América. Dos mundos diferentes, pero ligados por una estrecha simpatía, nos ocupaban á Mad. Recamier y á mí. ¡Ay! esos mundos aislados, cada cual los lleva en sí; porque, ¿dónde están las personas que han vivido bastante tiempo al lado unas de otras para no tener recuerdos separados? Del palacio entramos en el parque : el primer otoño principiaba á colorear y á desprender algunas hojas : el viento se echaba por grados, y dejaba oir á un arroyo que hace moler á un molino. Mad Recamier, despues de haber seguido los paseos que tenia costumbre de recorrer con Mad. de Stael, quiso saludar sus cenizas. A corta distancia del parque hay un matorral mezclado de árboles mas corpulentos y rodeado de una muralla húmeda y estropeada. Ese matorral se asemeja á los grupos de bosques que suele haber en medio de las llanuras que los cazadores llaman *sotillos* : ahí es donde la muerte ha empujado su presa y encerrado sus víctimas.

Habíase construido de antemano un sepulcro en aquel bosque para recibir en él á Mr. Necker. á Mad. Necker y á Mad. de Stael : cuando esta acudió á la cita se tapió la puerta de la cripta. El hijo de Augusto de Stael ha quedado fuera, y el mismo Augusto, muerto antes que su hijo, fue colocado bajo una piedra á los piés de sus padres. Sobre la piedra se ven grabadas estas palabras, sacadas de la Escritura : «¿Por qué buscais entre los muertos al que está vivo en el cielo?» Yo no entré en el bosque, pues solo Mad. Recamier obtuvo permiso de entrar en él. Sentado en un banco delante del muro que lo circula, volvia yo la espalda á la Francia, y tenia los ojos fijos, ya en la cumbre del Mont-Blanc, ya en el lago de Ginebra : las nubes de oro cubrian el horizonte detrás de la línea sombría del Jura : parecia aquello una gloria que se elevaba detrás de un largo féretro. Al otro lado del lago divisaba la casa de lord Byron, cuya cima aparecia herida de un rayo del sol poniente : Rousseau no estaba allí para admirar aquel espectáculo, y Voltaire, que tambien habia desaparecido, jamás habia hecho caso de él. Allí, al pié de la tumba de Mad. de Stael, se me representaban tantos ilustres ausentes sobre la misma ribera, que parecian venir á buscar la sombra igual suya para volver al cielo con ella y servirle de acompañamiento durante la noche. En aquel momento salió del bosquecillo fúnebre Mad. Recamier, pálida y llorosa, cual otra sombra. Si alguna vez he sentido á un mismo tiempo la vanidad y la verdad de la gloria y de la vida, ha sido á la entrada del bosque silencioso, oscuro, desconocido en donde duerme la que tuvo tanto brillo y renombre, y al ver lo que es el ser verdaderamente amado.

Al dia siguiente al de mis devociones á los muertos de Coppet, cansado de las orillas del lago, fuí á buscar, acompañado siempre de Mad. Recamier, paseos menos frecuentados. Rio abajo del Ródano descubrimos una garganta estrecha, por donde corre el rio hirviendo por bajo de varios molinos entre dos promontorios de roca cortados por praderas. Una de esas praderas se extiende al pié de una colina, sobre la que, al pié de un grupo de árboles, hay construida una casa.

Hemos subido y bajado muchas veces hablando aquella faja estrecha de césped que separa el ruidoso rio del soto silencioso: ¿cuántas personas hay á quienes se puede aburrir con lo que uno ha sido, y llevar detrás consigo en pos de sus dias? Hemos hablado de esos tiempos penosos siempre, y que siempre se echan de menos en que las pasiones hacen la dicha y el martirio de la juventud. Ahora escribo esta página á media noche, mientras que todo descansa á mi alrededor, y al través de mi ventana veo brillar algunas estrellas sobre los Alpes.

Mad. Recamier va á dejarnos, pero volverá para la primavera; y yo voy á pasar el invierno en evocar mis horas desvanecidas y hacerlas comparecer una á una ante el tribunal de mi razon. No sé si seré muy imparcial, ó si el juez tendrá demasiada indulgencia con el culpable. Pasaré el verano próximo en la patria de Juan Jacobo. ¡Quiera Dios no se apodere de mí la enfermedad del retraido! Luego, cuando el otoño haya vuelto, iremos á Italia : ¡*Italiam*! Este es mi eterno estrivillo.

### CARTA AL PRÍNCIPE LUIS NAPOLEON.

Ginebra, octubre de 1832.

Habiéndome dado el príncipe Luis Napoleon su folleto intitulado *Meditaciones políticas*, le escribí esta carta:

«Príncipe : He leido detenidamente el folleto que habeis tenido la bondad de confiarme. He puesto por escrito, como habeis deseado, algunas reflexiones nacidas naturalmente de las vuestras, y que yo habia sometido ya á vuestro juicio. Ya sabeis, príncipe, que mi jóven rey está en Escocia; que en tanto que él viva no puede haber para mí otro rey de Francia que él; pero si Dios, en sus impenetrables consejos, hubiese desechado la raza de San Luis; si las costumbres de nuestra patria no le hiciesen posible el estado republicano, no hay nombre que mejor convenga á la gloria de Francia que el vuestro.

»Soy etc.

»CHATEAUBRIAND»

### CARTAS AL MINISTRO DE LA JUSTICIA, AL PRESIDENTE DEL CONSEJO, Á LA SRA. DUQUESA DE BERRY.—ESCRIBO MI MEMORIA SOBRE EL CAUTIVERIO DE LA PRINCESA.—CIRCULAR Á LOS DIRECTORES DE LOS PERIÓDICOS.

París, calle del Infierno, enero de 1833.

Habia yo meditado mucho sobre ese porvenir próximo que yo me habia formado, y al que me parecia ya tocar. A la caida del dia iba yo á vagar en las sinuosidades del Arve, por el lado de Saleve. Una tarde vi entrar á Mr. Berryer, que volvia de Lausana, y me notició la prision de la duquesa de Berry: ignoraba los pormenores. Nuevamente quedaron frustrados mis proyectos de reposo. Cuando la madre de Enrique V habia creido en triunfos, me dió mi licencia: su desgracia desgarraba su último billete, y me llamaba á su defensa. Marché inmediatamente de Ginebra, despues de haber escrito á los ministros. Cuando llegué á mi calle del Infierno, dirigí á los directores de los periódicos la siguiente circular:



»Caballero: Habiendo llegado á París el 17, escribí el 18 al señor ministro de la Justicia para informarme de si habia llegado á sus manos la carta que tuve el honor de enviarle desde Ginebra el 12 para la señora duquesa de Berry, y si habia tenido la bondad de trasmitirla á *Madame*:

»Al mismo tiempo solicitaba del señor guarda-sellos la autorizacion necesaria para ir á Blaye cerca de la princesa.

»El señor guarda-sellos se dignó responderme el 19 que habia trasmitido mis cartas al presidente del consejo, y que á este era á quien debia dirigirme. Escribí en su consecuencia al señor ministro de la Guerra el 20, y recibo hoy 22 su respuesta del 21: siente hallarse en la precision de anunciarme que el gobierno habia creido que no habia lugar á acceder á mis demandas. Esta decision puso fin á mis gestiones cerca de las autoridades.

»Nunca he tenido la pretension, caballero, de creerme capaz de defender por mí solo la causa de la desgracia y de la Francia. Mi designio, si me hubieran permitido irme á poner á los piés de la augusta prisionera, era proponerle para el caso la formacion de un consejo de hombres mas ilustrados que yo. Ademas de las personas dignas y distinguidas que se han presentado ya, me habria tomado la libertad de proponer á la eleccion de *Madame* el marqués de Pastoret, á Mr. Lainé, á Mr. de Villele, etc.

»Apartado ahora oficialmente, vuelvo, caballero, á mi derecho privado. Mis *Memorias sobre la vida y la muerte del duque de Berry*, envueltas en los cabellos de la viuda, hoy cautiva, descansan al lado del corazon que Louvel hizo mas semejante al de Enrique IV. No he olvidado ese insigne honor, del que el momento actual me pide cuenta, haciéndome sentir toda su responsabilidad.

»Soy, caballero, etc.

»CHATEAUBRIAND.»

Mientras escribia yo esta circular á los periódicos, habia hallado medio de hacer llegar este billete á manos de la duquesa de Berry :

«París 23 de noviembre de 1832.

»Señora : He tenido la honra de dirigiros desde Ginebra una primera carta de fecha del 12 de este mes. Esta carta, en que os suplicaba me hiciéseis el honor de nombrarme uno de vuestros defensores, ha aparecido impresa en los periódicos.

»La causa de V. A. R. puede ser discutida individualmente por todos aquellos que, sin estar autorizados para ello, tengan verdades útiles que dar á conocer; pero si *Madame* desea que se ocupen de ella en su propio nombre, no es un hombre solo, sino un consejo de hombres políticos y de legistas, el que debe encargarse de tan elevado asunto. En ese caso pediria que *Madame* tuviese á bien asociarme con las personas que haya elegido al conde de Pastoret, á Mr. Hide de Neuville, á Mr. de Villele, á Mr. Lainé, á Mr. Royer-Collard, á Mr. Pardessus, á Mr. Mandaroux-Vertamy y á Mr. Vaufreland.

»Tambien habia creido, señora, que pudiera llamarse á este consejo á algunos hombres de gran talento y de opiniones contrarias á las nuestras; pero quizá seria colocarlos en una posicion falsa el obligarles á hacer un sacrificio de honor y de principios á que no se acomodan los talentos elevados y las conciencias rectas.

»CHATEAUBRIAND.»

Antiguo soldado disciplinado, acudiré yo á alistarme á las filas, y á marchar á las órdenes de mis capitanes : reducido por la voluntad del poder á un duelo, lo acepté. No esperaba venir desde la tumba del marido á combatir al lado de la prision de la viuda.

Aun suponiendo que yo debiese quedar solo; que hubiese comprendido mal lo que conviene á la Francia, no por eso me hubiera hallado menos en el camino del honor. Ahora bien ; no es inútil á los hombres que un hombre se inmole á su conciencia; bueno es que alguien consienta en perderse por permanecer firme en principios de que está convencido, y que participan de todo lo que hay de noble en nuestra naturaleza : esos engañados son los opositores necesarios del hecho brutal, las víctimas encargadas de la fuerza. Se aplaude á los polacos; ¿su fidelidad es otra cosa que un sacrificio? Nada ha salvado, ni podia salvar nada : hasta en las ideas mismas de mis adversarios, ¿ será la fidelidad estéril para la razon humana?

Dicen que yo prefiero una familia á mi patria : no, prefiero al perjurio la fidelidad á mis juramentos, el mundo moral á la sociedad material : eso es todo. En cuanto á lo que es de la familia, me consagro á ella solo en la persuasion de que es útil esencialmente á la Francia : yo confundo su prosperidad con la de la patria; y cuando deploro las desgracias de la una, deploro los desastres de la otra : vencido, me he prescrito deberes, como los vencedores se han impuesto intereses. Trato de retirarme del mundo con mi propia estimacion : en la soledad hay que tener cuidado con la eleccion que uno hace de su compañía.

### EXTRACTO DE LA MEMORIA SOBRE EL CAUTIVERIO DE LA SEÑORA DUQUESA DE BERRY.

París, calle del Infierno.

En Francia, país de vanidad, al punto que se presenta una ocasion de hacer ruido, se apodera de ella una multitud de gente : unos proceden por efecto de su buen corazon, otros por la conciencia que tienen de su mérito. Tuve, pues, muchos concurrentes que solicitaron, como yo, de la duquesa de Berry el honor de defenderla. Al menos mi presuncion á ofrecerme como campeon á la princesa estaba justificada por antiguos servicios : si yo no arrojaba en la balanza la espada de Breno, arrojaba mi nombre : á pesar de su poca importancia, habia alcanzado ya algunas victorias á la monarquía. Principié mi *Memoria sobre el cautiverio de la duquesa de Berry* con una consideracion que me ha hecho una fuerte impresion : la he reproducido muchas veces, y es probable que la reproduzca aun.

«No cesa uno de admirarse, decia yo, de los sucesos : siempre nos figuramos tocar el último, y siempre vuelve á empezar la revolucion. Los que hace cuarenta años caminan para llegar al término, se lamentan : ellos creian sentarse algunas horas al borde de su tumba. ¡Vana esperanza! El tiempo hiere á esos viajeros jadeantes y les obliga á avanzar. ¡Cuántas veces, desde que están caminando, ha caido á sus piés la antigua monarquía! Apenas libre de esos derrumbamientos sucesivos, se ven obligados á atravesar de nuevo los escombros y el polvo. ¿Qué siglo verá el fin del movimiento?

»La Providencia ha querido que las generaciones de paso, destinadas á dias inmemorables, fuesen pequeñas, á fin de que el daño sea pequeño. Asi vemos que todo aborta; que todo se desmiente; que nadie es semejante á sí mismo ni abraza todo su destino; que ningun acontecimiento produce lo que contenia y lo que debia producir. Los hombres superiores de la edad que espira se extinguen. ¿Tendrán sucesores? Las ruinas de Palmira terminan en arenas.»

Pasando de esta observacion general á los hecho

particulares, expongo en mi argumentacion que se podia proceder con la duquesa de Berry por medidas arbitrarias, considerándola como prisionera de policía, de guerra, de Estado, ó pidiendo á las cámaras un *bill* de *attainder*; que podia sometérsela á la última competencia de las leyes, aplicándola la ley escepcional Briqueville ó la comun del código; que podria considerarse su persona como sagrada é inviolable.

Los ministros sostenian la primera opinion, los hombres de julio la segunda, los realistas la tercera.

Recorro esas diversas suposiciones, y demuestro que si la duquesa de Berry habia penetrado en Francia, no habia sido atraida sino porque oia á las opiniones pedir otro presente, llamar otro porvenir.

La revolucion de julio, nacida de las jornadas de julio, é infiel á su extraccion popular, ha repudiado la gloria y hecho la córte al oprobio. La libertad, á excepcion de algunos corazones dignos de prestarle asilo, convertida en objeto de irrision de aquellos mismos que hacian de ella su grito de union; esa libertad, que unos cuantos titiriteros se envian á patadas de unos á otros; esa libertad, extrangulada despues de marcada con el torniquete de las leyes excepnales, trasformará en su aniquilamiento la revolucion de 1830 en un cínico engaño.

En este estado, y para libertarnos á todos, ha llegado la duquesa de Berry. La fortuna le ha hecho traicion: un judío la vendió, y un ministro la compró. Si no se quiere proceder contra ella por medidas de policía, no queda mas que llevarla ante el tribunal de *assises*. Lo supongo asi, y presento en escena al defensor de la princesa: luego, despues de haber hecho hablar á este, me dirijo al acusador:

«Abogado, levantaos:

»Establed debidamente que Carolina Fernanda de Sicilia, viuda de Berry, sobrina de la difunta María Antonieta de Austria, viuda de Capeto, es culpable de reclamacion cerca de un hombre reputado por tio y tutor de un huérfano llamado Enrique, cuyo tio y tutor seria, segun el dicho calumnioso de la acusada, detentador de la corona de un pupilo que pretende impudentemente haber sido rey desde el dia de la abdicacion del que fue Carlos X, y del ex-delfin hasta el dia de la eleccion del rey de los franceses.

»En apoyo de vuestro alegato, que los jueces hagan comparecer primero á Luis Felipe, como testigo de cargo ó de descargo, si no prefiere recusarse como pariente. En seguida que los jueces careen con la acusada al descendiente del gran traidor, que el Iscariote en quien entró Satanás, *intravit Satanas in Judam*, diga cuántos dineros recibió por la venta, etc.

»Luego, despues del exámen pericial de los sitios, se demostrará que la acusada ha estado seis horas en la boca de fuego, en un espacio demasiado estrecho, en donde apenas podian respirar cuatro personas, lo que ha hecho decir afrentosamente á la torturada que se le hacia la guerra á lo San Lorenzo. Ahora bien, empujada Carolina Fernanda por sus cómplices contra la losa ardiente, prendió el fuego por dos veces á sus vestidos, y á cada golpe que los gendarmes daban por fuera al hogar abrasado, se extendia la conmocion al corazon de la delincuente, haciéndole arrojar vómitos de sangre.

«Luego, en presencia de la imágen de Jesucristo, se depositará como prueba de conviccion sobre la mesa el vestido quemado, porque es preciso que haya siempre una vestidura jugada á la suerte en estas ventas de Judas.»

La duquesa de Berry fue puesta en libertad por un acto arbitrario del poder, y cuando se creyó haberla deshonrado. El cuadro que yo trazaba del proceso hizo conocer á Felipe la odiosidad de un juicio público, y le determinó á una gracia á la que pensaba haber asociado un suplicio. Los paganos, en tiempo del reinado de Severo, arrojaron á las fieras una jóven cristiana nuevamente libertada. Mi folleto, del que no quedan hoy mas que frases, tuvo su resultado histórico importante.

Todavía me conmuevo al copiar el apóstrofe que termina mi escrito: confieso que esto es un gasto loco de lágrimas.

«Ilustre cautiva de Blaye. ¡Señora! que vuestra heróica presencia en una tierra que sabe apreciar el heroismo, induzca á la Francia á repetiros lo que mi independencia política me ha dado derecho á deciros: ¡*Señora, vuestro hijo es mi rey*! Si la Providencia me impone algunas horas, ¿veré vuestros triunfos despues de haber tenido el honor de abrazar vuestras adversidades? ¿Recibiré yo ese premio de mi fe? En el momento en que volviéseis dichosa, iria yo con placer á terminar en el retiro dias principiados en el destierro. ¡Ay! me desconsuela no poder nada por vuestros presentes destinos! Mis palabras se pierden inútilmente alrededor de las murallas de vuestra prision: el ruido de los vientos, de las olas y de los hombres al pié de la fortaleza solitaria, no dejará subir hasta vos estos últimos acentos de una voz fiel.»

### MI PROCESO.

París marzo de 1833.

Habiendo repetido algunos diarios la frase: *Señora, vuestro hijo es mi rey*, se les ha perseguido por delito de imprenta, y yo me he hallado envuelto en la persecucion. Esta vez no he podido declinar la competencia de los jueces, porque yo debia intentar salvar con mi presencia á los hombres acriminados por causa mia, y se hallaba empeñado mi honor en responder de mis obras.

Ademas la víspera de mi citacion ante el tribunal, *El Monitor* habia insertado la declaracion de la señora duquesa de Berry, y si yo me hubiese ausentado, se habria creido que el partido realista retrocedia, que abandonaba al infortunio y se avergonzaba de la princesa cuyo heroismo habia celebrado.

No faltaban consejeros tímidos que me excitaban á que no compareciese, diciéndome que me pondria en grande apuro la frase: *Señora, vuestro hijo es mi rey*.—«La proclamaré en voz mas alta aun,» les respondí. Me dirigí, pues, al tribunal, constituido en la sala misma donde habia estado en otro tiempo el tribunal revolucionario, donde habia comparecido María Antonieta, y donde fue sentenciado mi hermano. La revolucion de julio ha hecho quitar el Crucifijo, cuya presencia, consolando al inocente, hacia temblar al juez.

Mi comparecencia ante los jueces ha producido un efecto feliz; ella ha contrabalanceado por un momento el efecto de la declaracion del *Monitor*, y mantenido á la madre de Enrique V en el rango en que la habia colocado su valerosa aventura: se ha dudado cuando se ha visto que el partido realista osaba arrostrar el acontecimiento, y no se daba por derrotado.

Yo no habia querido abogado; mas Mr, Ledru, que se habia unido á mí cuando mi detencion, ha querido hablar; pero se ha turbado causándome mucha pena. Mr. Berryer, que defendia á la *Quotidienne*, ha tomado entonces, aunque indirectamente, mi defensa. Al fin de los debates, yo apelé del jurado la *pairia universal*, lo que no contribuyó poco á la absolucion de todos.

¡Nada notable ha ocurrido en este procedimiento seguido en la terrible cámara en que resonó la voz de Fouquier-Tinville y de Danton; no ha habido de



divertido mas que el argumento de Mr. Persil: queriendo demostrar mi culpabilidad, citaba esta frase de mi folleto: *Es dificil destrozar lo que se aplasta bajo los piés*: «Conoced, señores, decia, todo lo que hay de despreciativo en este párrafo: *Es dificil destrozar lo que se aplasta bajo los piés*:» y hacia el movimiento de un hombre que rompe con sus piés alguna cosa. Y volvia á repetirlo triunfante, y continuaban las risas del público, sin que este buen hombre se apercibiese ni del contento del auditorio cada vez que pronunciaba de nuevo la desdichada frase, ni del completo ridículo en que se ponia pataleando con su toga negra, como si estuviese bailando, mientras que su rostro estaba pálido de inspiracion y sus ojos extraviados de elocuencia.

Cuando los jurados volvieron del lugar de su deliberacion y pronunciaron *no es culpable*, hubo grandes aplausos y fui rodeado por los jóvenes que se habian puesto trajes de abogado para entrar. Mr. Carrel estaba tambien entre ellos.

La multitud se agolpó á mi salida, y en el patio del palacio hubo una riña entre mi escolta y los agentes municipales. En fin, con gran trabajo conseguí llegar á mi casa, en medio de la multitud, que acompañaba mi fiacre gritando: ¡*Viva Chateaubriand*!

En otro tiempo hubiera sido muy significativa esta absolucion, porque declarar que no era culpable el decir á la duquesa de Berry. *Señora, vuestro hijo es mi rey*, era condenar á la revolucion de julio; pero hoy no significa nada esta sentencia, porque en ninguna cosa hay opinion fija ni estabilidad. En veinte y cuatro horas todo cambia, y mañana seré quizás condenado por el mismo hecho por que me han absuelto hoy.

He ido á dejar una tarjeta en casa de los jurados, y particularmente en casa de Mr. Chevet, uno de los miembros de la *pairia universal*.

Habia sido mas fácil al honrado ciudadano hallar en su conciencia una sentencia á mi favor, que lo que me hubiera sido á mí hallar en mi bolsillo el dinero necesario para añadir á la felicidad de la absolucion el placer de hacer en casa de mi juez una buena comida. Mr. Chevet ha pronunciado con mas equidad sobre la *legitimidad*, la *usurpacion* y el autor de *El Genio del cristianismo*, que muchos publicistas y censores.

### POPULARIDAD.

París abril de 1833.

La memoria sobre el cautiverio de la señora duquesa de Berry me valió una inmensa popularidad en el partido realista. De todas partes me enviaron diputaciones y cartas de felicitacion. Del Norte y del Mediodia de la Francia recibí adhesiones cubiertas de muchas firmas. En todas ellas se pedia, refiriéndose á mi folleto, que se pusiese en libertad á la duquesa de Berry. Mil y quinientos jóvenes de París vinieron á cumplimentarme, no sin gran conmocion de la policía; tambien recibí una copa de plata sobredorada con esta iuscripcion: *A Chateaubriand, los fieles villanoveses*. (Lot y Garona.) Una ciudad del Mediodia me ha enviado muy buen vino para llenar esta copa, pero yo no bebo. En fin, la Francia legitimista ha tomado por divisa estas palabras. *Señora vuestro hijo es mi rey*, y muchos diarios la han adoptado por epígrafe, y se ha grabado tambien sobre collares y sortijas. Yo soy el primero que he dicho á la faz de la usurpacion una verdad que ninguno se atrevia á decir; y, ¡cosa extraña! yo creo menos que nadie en la vuelta de Enrique V.

Por lo demás, yo no entiendo la palabra *usurpacion* en el estrecho sentido que le da el partido realista; habria mucho que decir sobre esta palabra como sobre la de *legitimidad*; pero hay verdadera usurpacion, y usurpacion de la peor especie, en el tutor que despoja al pupilo y proscribe al huérfano. Todas las sonoras frases de *es necesario salvar á la patria* son pretextos que suministra á la ambicion una política inmoral. En verdad, no hay que considerar la cobardía de vuestra usurpacion como un esfuerzo de virtud ¿Sois, por ventura, un nuevo Bruto sacrificando sus hijos á la grandeza de Roma?

He podido comparar en mi vida la fama literaria y la popularidad: la primera me ha agradado durante algunas horas; pero este amor á la fama ha pasado pronto. En cuanto á la popularidad, ella me ha hallado indiferente, porque en la revolucion he visto muchos hombres rodeados de estas masas, quienes despues de haberlos levantado sobre sus hombros los han echado á rodar por el suelo. Demócrata por naturaleza, aristócrata por costumbres, yo abandonaria voluntariamnte mi fortuna y mi vida al pueblo con tal de tener poco contacto con la multitud. Sin embargo, fuí en extremo sensible al movimiento de los jóvenes de julio que me llevaron en triunfo á la cámara de los Pares, y esto no porque me llevaron como su gefe, ni porque yo pensase como ellos, sino únicamente porque hacian justicia á un enemigo y recocian en mí á un hombre de libertad y de honor: esta generosidad me conmovió. Pero esta otra popularidad que acabo de adquirir en mi propio partido no me ha causado emocion: entre los realistas y yo hay ciertos motivos de frialdad: queremos, es cierto, el mismo rey; pero en todo lo demás nuestros deseos y nuestras miras son opuestas.

### ENFERMERÍA DE MARÍA TERESA.—CARTA DE LA SEÑORA DUQUESA DE RERRY DESDE LA CIUDADELA DE BLAYE.

París, calle del Infierno,
9 de mayo de 1833.

He referido los últimos hechos hasta este dia, ¿Podré al fin proseguir mi trabajo? Este trabajo consiste en coordinar y acabar las diversas partes de estas *Memorias*, incompletas aun. Me costará alguna dificultad el emprenderlo de repente, porque las cosas del momento me ocupaban demasiado la cabeza: no estoy en disposicion de sacar á mi pasado de la calma en que duerme, por agitado que fuese cuando se hallaba en estado de vida. He tomado la pluma para escribir, ignoro sobre qué y á propósito de qué.

Recorriendo con la vista el diario en que hace seis meses me doy cuenta de lo que me sucede, veo que la mayor parte de sus páginas están escritas en la calle del Infierno.

El pabellon que habito cerca de la barrera podia valer unos sesenta mil francos; pero en la época del mayor precio de los terrenos yo lo compré mucho mas caro, y no lo he podido pagar jamás. Se trataba de salvar la enfermería de María Teresa, fundada por los cuidados de Mad. de Chateaubriand, que se halla contigua al pabellon: una compañía de especuladores se proponia establecer un café y montañas rusas en dicho pabellon, cuyo ruido no hubiera convenido á los agonizantes del hospital.

¿No he sido felíz por mis sacrificios? Sin duda siempre hay felicidad en socorrer á los desgraciados, y yo partiria gustoso con los necesitados todo lo que poseo; pero no sé si esta disposicion benéfica llega en mí hasta la virtud. Yo soy bueno, á la manera que un sentenciado á muerte, que reparte y prodiga lo que no le servirá ya una hora despues. En Londres, el paciente á quien se va á ahorcar vende su piel para beber: yo no vendo la mia; la doy gratis á los enterradores.

Una vez comprada mi casa, lo mejor que podia hacer